

JARDINES DE LA INDIA ⁽¹⁾

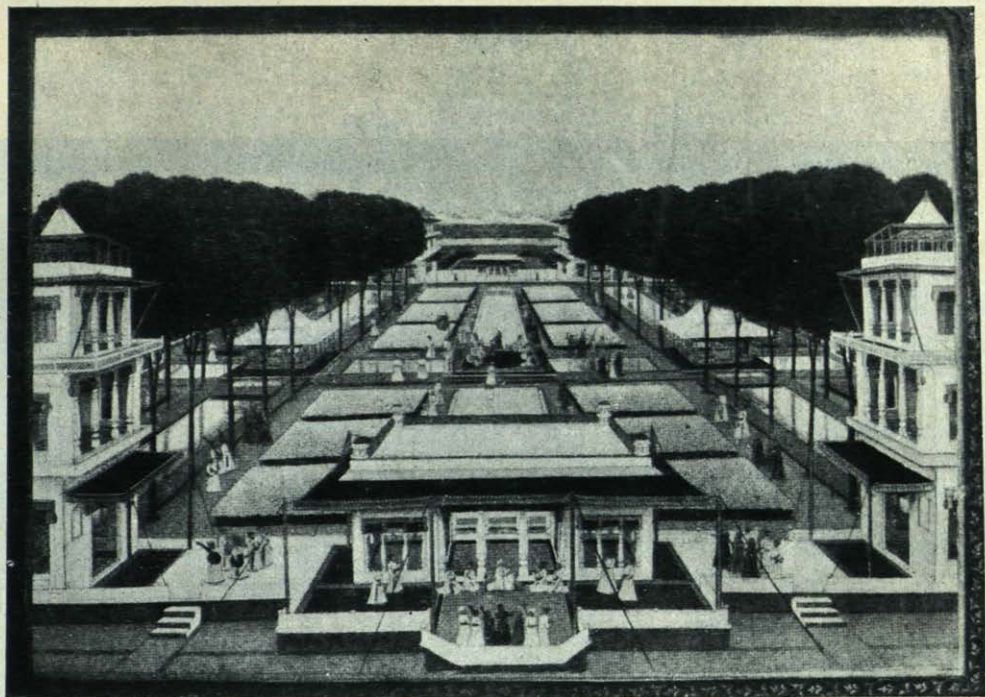
Muy poco se conoce acerca de los jardines trazados en la India bajo la dominación islámica. Puede afirmarse que los jardines indios tienen su casi único origen en esta época. Un jardín es la ilusión de todo buen musulmán durante su vida: el jardín del Paraíso, lugar de exquisito y supremo placer estético, donde han de satisfacerse todos los sentimientos ideales, así los más sencillos como los más elevados. La mayor ventura, el máximo encanto es hallarse en él; que allí esperan los humanos creyentes contemplar la belleza absoluta de Alá.

Lo mejor del jardín del Paraíso, del cual nos habla *El Korán*, cuya belleza no puede imaginar la fantasía más fértil, inténtase conseguirlo en los jardines mahometanos. Manantiales y arroyos zigzagueaban a su través; marmóreas terrazas alternaban con pabellones; entre unas y otros se extendían plantaciones de árboles, contrastando los oscuros cipreses con los arbustos floridos; grandes tapices de hierba incitaban a tenderse sobre ellos, y así se celebraron fiestas acompañadas de música, y se improvisaban versos.

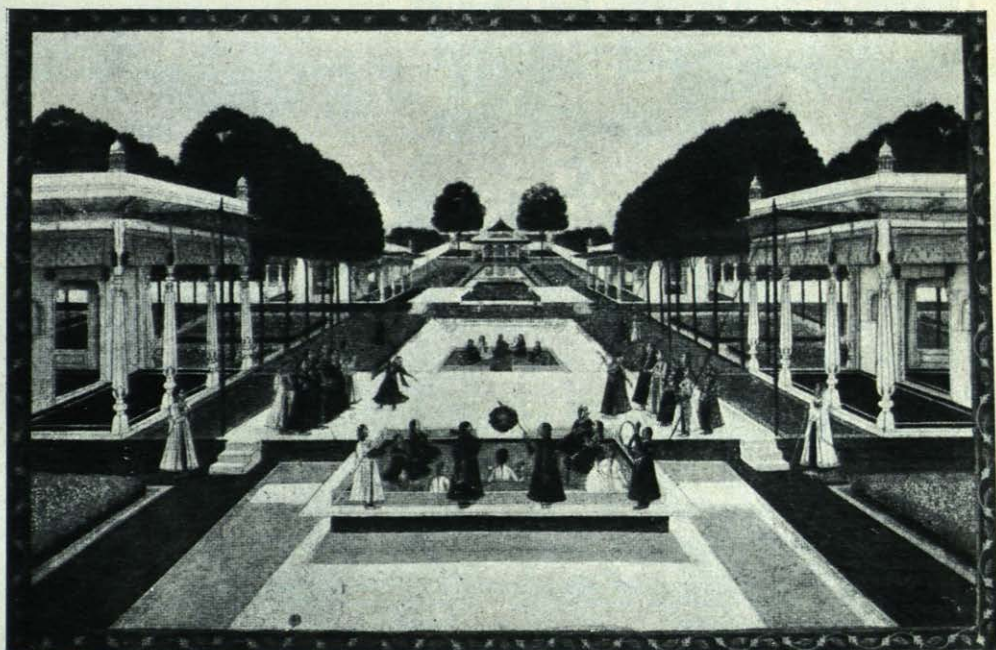
Época culminante de la decadencia de oro en la historia india puede considerarse el reinado del schad Djehans (1627-1658). A este período pertenecen las obras maestras del arte indoislámico; alcanza la cultura del país su máxima extensión; los jardines más señoriales y artísticos fueron trazados y construídos entonces. De entre ellos alcanzan mayor celebridad los jardines de Schalimar, en Kaschmir y Lahore. Estriba su carácter peculiar en la serie de terrazas en que se dispusieron y trazaron. Para el príncipe Soltikoff, el jardín de Schalimar, en Lahore, es el Versalles de la India; pero yo pienso que Schalimar procura a los indios mayor placer que Versalles a los franceses. La disposición en terrazas asemeja estos jardines, también, a los pensiles. En todos hay profusión de toda especie de árboles; peces, cisnes y variedades diversas de ánades animaban la superficie de las aguas, pintorescamente encauzada con multitud de surtidores y cascadas distribuidas con sujeción a una simetría artística que al tiempo prestaba variedad al trazado. Los juegos de agua de los surtidores humedecían el aire, refrescándolo durante las horas de la estación estival. Kioscos preciosos y avenidas sombrías aumentaban el encanto de aquellos jardines.

Delhí fué antiguamente la ciudad de los jardines. Según el scheich Abu Bakr ben Kallah, ya en los siglos XIII y XIV, en la época de Muhammad Tughlaq, los jardines circundaban la ciudad de Delhí por tres lados en una extensión de diez kilómetros. Se asentaba la zona oriental de la ciudad en la falda de un monte. Hasta que acaeció la catástrofe de 1857, se conservaban aún gran número de los jardines de Delhí. Actualmente no se encuentra la menor traza de estos jardines

(1) Del *Wasmuths Monatshefte für Baukunst*. Sanz Arizmendi tradujo. G. Fernández Balbuena redactó, ordenó y compuso el artículo, y es único responsable de las infidelidades que pudieran resultar al interpretar el texto.

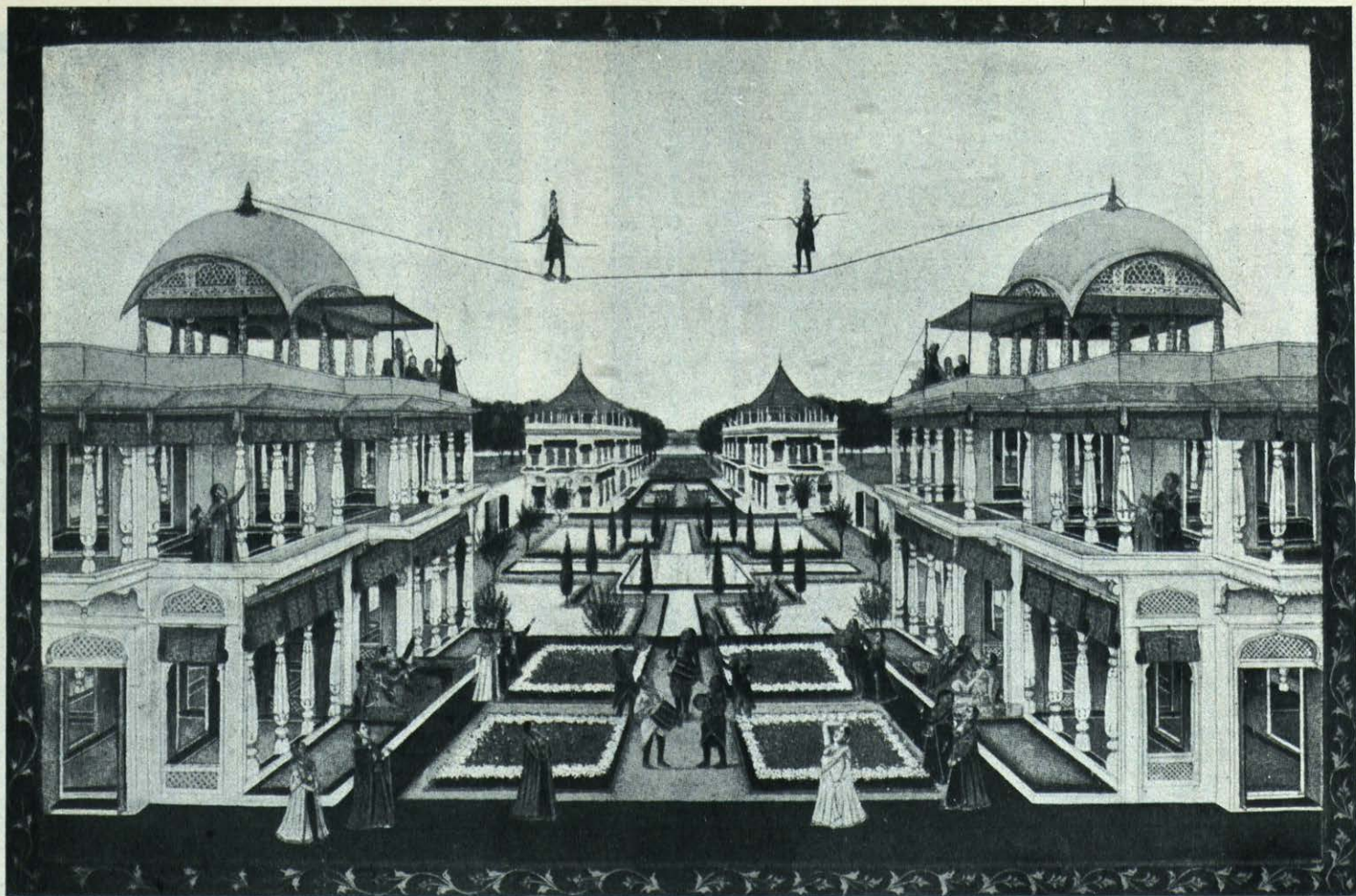


UN PALACIO DE LOS OMRAHS. — DISPOSICIÓN SIMÉTRICA DE ÁRBOLES Y TERRAZAS.



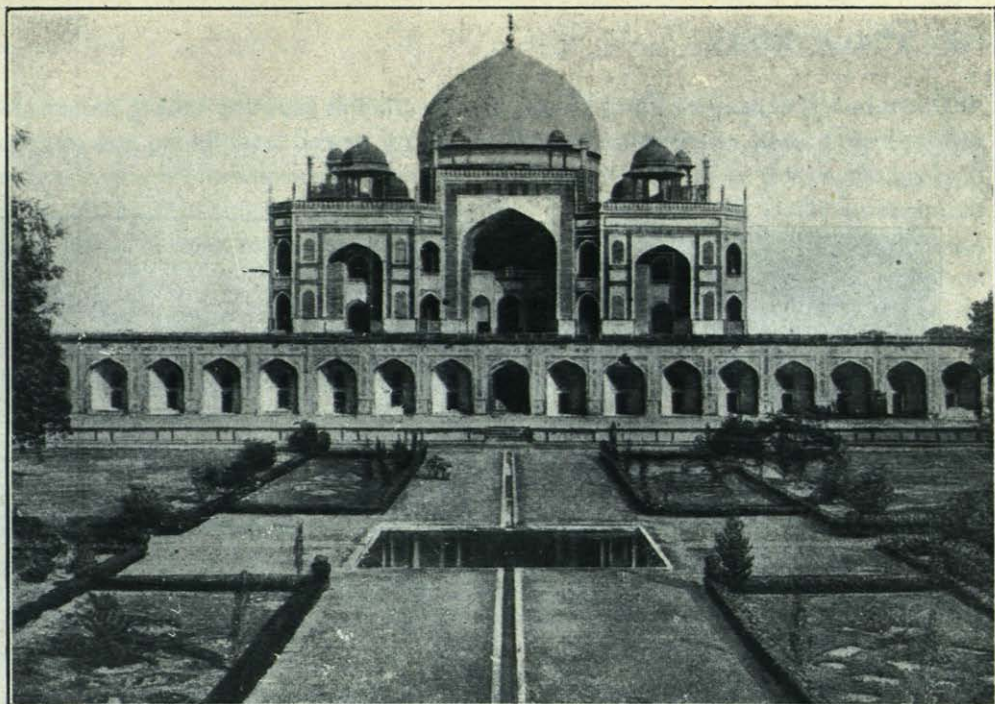
MÚSICA Y DANZA DE MUJERES EN UN JARDÍN AL ATARDECER.



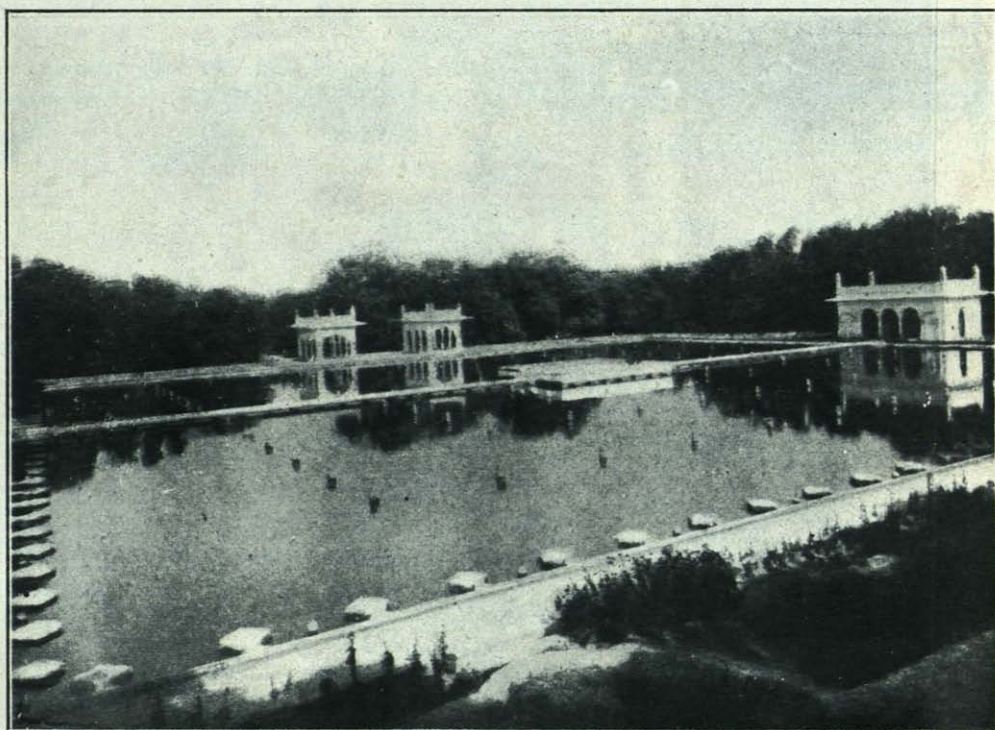


RESIDENCIA ESTIVAL DE LOS OMRAHS.



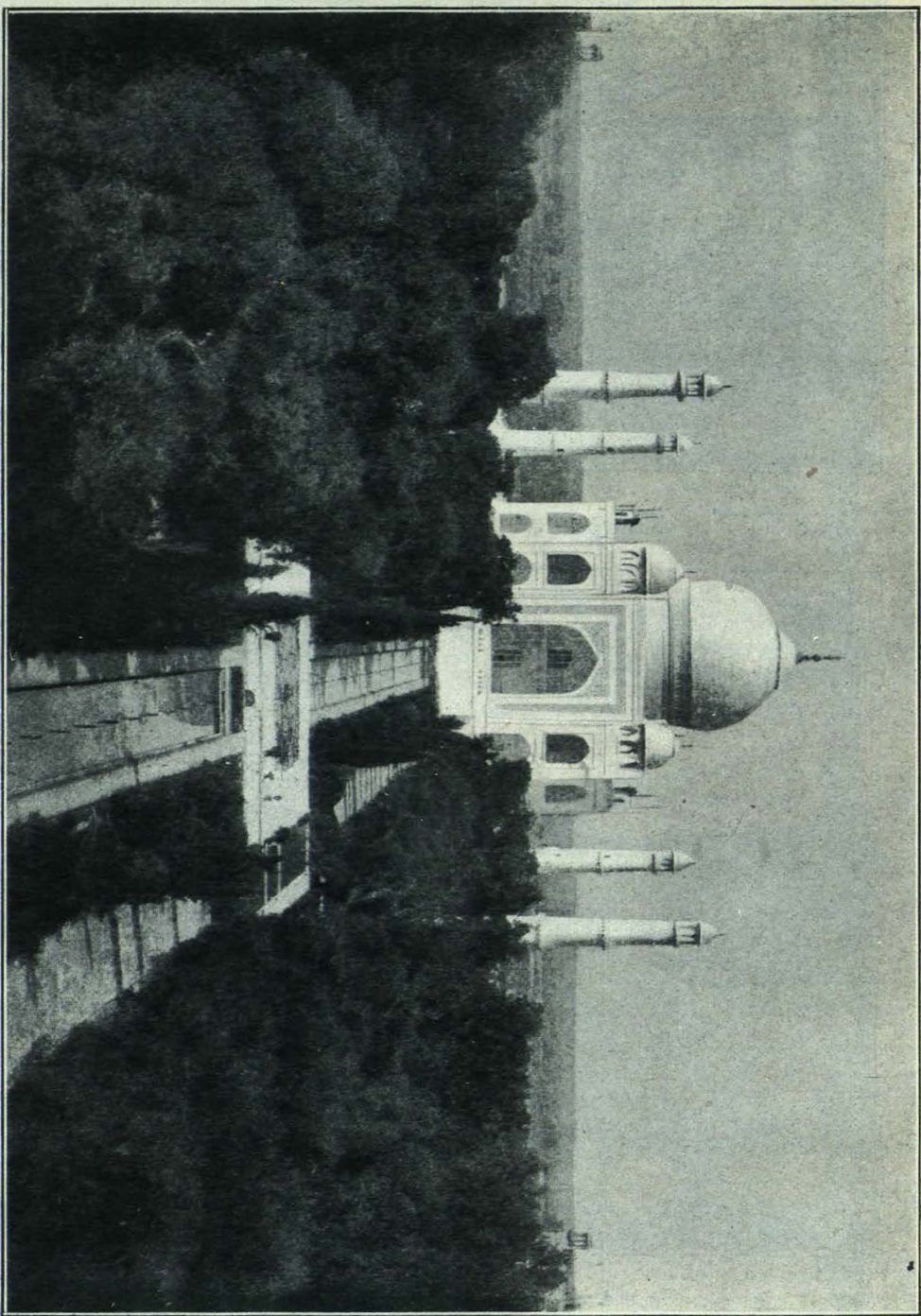


MONUMENTO FUNERARIO DEL EMPERADOR HUMAYON.



LAGO EN EL JARDÍN SCHALAMAR, DE LAHORE.





AGRA-TADJ.

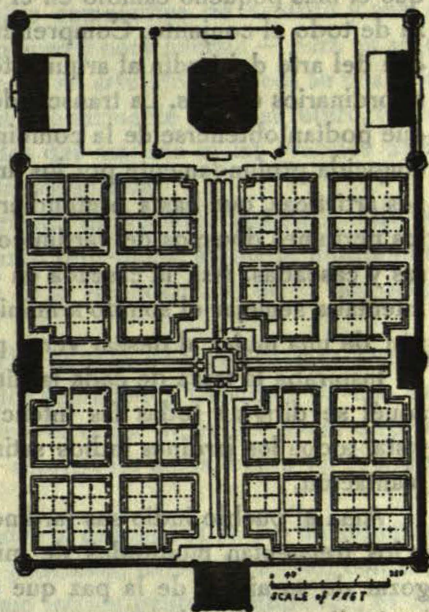


palacianos, y sólo antiguas miniaturas nos dan idea de su pasada grandeza. Únicamente dos pabellones, Sawan y Bhadon, se han conservado hasta nuestros días y miran hacia la ciudad. Sus nombres fueron tomados de los de dos montañas próximas que en otro tiempo constituyeron para los visitantes de Delhi un supremo goce: designáronlas los antiguos con los nombres de montañas del placer y del amor.

Podrían citarse aún algunos otros restos de viejos jardines conservados hasta hoy, pero en forma distinta a los primitivos.

En el centro de Delhi se conserva el jardín de Djehan-tra Begum, el heroico, y de su bella hija Schah Djehans; en las afueras de la ciudad se halla también el jardín de Raschuntra, otra hija del mismo monarca, y aun el sombreado y fresco jardín de la princesa Qudsia Begum y el de Sar Hindi Begum. El monumento funerario del emperador Humayon está, asimismo, rodeado de jardines.

Finalmente, se conservan también jardines en otras ciudades de la India: el Naschim Bagh Akbars y el Vischat Bagh Djehangirs, en Kaschmir; el jardín Roschan Aras, cerca de Surat; el Akbars, próximo a Ahmedabad, y el Aurangjebis, en Ahmednagar; y, por último, el lindo jardín de Tadj, universalmente conocido.



Planta de los jardines de Tadj-Mahal.

Además de los jardines plantados por los emperadores, príncipes y princesas, para su propio placer, hubo bellos jardines, residencias veraniegas de los Omrahs o nobles del Estado. Hasta las más humildes moradas tenían un par de árboles, unos macizos de flores y un surtidor en medio. Difícilmente podría imaginar un europeo con cuánta prodigalidad se empleaba el agua en estos países meridionales. Y era en los jardines y en las casas un recurso fundamental el agua, que así el pobre como el rico podían permitirse el lujo de usar de ella sin tasa. Buscar un manantial, cultivar flores o trazar un jardín y plantarlo, tiene para el musulmán el significado o sentido de un acto religioso. Perfecta manifestación de la generosidad, porque contemplando las bellezas propias de la obra creada, del mismo modo goza el creador de ella que su vecino.

Erguía la residencia estival de los omrahs en el centro de espléndidos jardines; disponíanse terrazas más o menos importantes, ornamentadas con minaretes, torrecillas y alminares, en los ángulos de cada uno de ellos; bordeando sus caminos, arriates floridos, y entre estos parterres, alineados con esmero, el caz para las aguas, de piedra labrada, y de lo mismo y tallados los surtidores y fuentes. El encanto que estos jardines alcanzaron en los siglos XVII y XVIII es difícil de imaginar hoy, porque este arte de la jardinería fué tan sólo una parte de aquella archi-

tectura importada en la India de Persia y Samarkanda, asimilada fuertemente por los artistas del país, en cuyas propias manos murió.

La característica más notoriamente acusada en estos jardines es la armonía perfecta entre sus trazados y edificios. Amaban los indios la simetría; buena prueba de ello nos da su arte de imaginiería. La línea de composición más sencilla era coordinada, favoreciendo la unidad con el orden más lógico y absoluta regularidad.

De acuerdo con esto, han hecho observar en Tadj muchos artistas y arquitectos que el más pequeño cambio en el detalle menos interesante desordenaría la belleza de todo el conjunto. Comprendieron muy bien los indios la íntima dependencia que del arte del jardín al arquitectónico existe, y sólo así pudieron obtener tan extraordinarios efectos. La transcendencia de una agrupación ordenada y los efectos que podían obtenerse de la combinación de formas varias con diversos colores, era conocida profundamente por los artistas indios; y fueron tan lejos en sus intenciones artísticas, que hasta pretendieron armonizar (y conseguir sensaciones nuevas) los perfumes diversos del jardín con los efectos plásticos y musicales de surtidores y cascadas. Así, la cascada en el pabellón de Badhom, del palacio de Delhi, intentaba semejar el sonido armónicamente musical del trueno, o «el latir del corazón de una mujer al desear verse protegida por un amante ausente».

Inspiraba la traza de cada jardín un motivo ideal, y a expresar una armonía con aquél se dirigían todas las intenciones de artista creador; desde este punto de vista, todos los jardines indios satisfacen cuantos deseos pudieron preceder a su plantación.

Ama el pueblo indio sus jardines apasionadamente; celebra sus fiestas en ellos, y los frecuentan multitudes de millares y centenares de millares de almas, para gozar de su aire y de la paz que reside en ellos. A menudo la mujer india visita los jardines, únicos lugares en que se siente libre. Ciudades de placer son los jardines de la India. Para el indio, como para el musulmán, un jardín con agua es el lugar de máximo placer y más refrescante efecto. Es para el musulmán mansión de belleza completa, de absoluta calma espiritual, de bienaventuranza y de perfecto amor sobre la tierra.

PROF. SATTAR KHEIRI.

